

**DEJAME QUE TE CUENTE**



DEJAME QUE TE CUENTE

Guillermo White



*Guillermo White Saint Girons siempre estuvo en el relato de sus afectos. Pero ahora, tras 41 años de ausencia, Guillermo acaba de volver definitivamente para que no quede ninguna duda de que no fue él quien decidió su partida.*

### *El malhablado*

«Las maestras no podían creer que fuera mi hermano: yo siempre en el cuadro de honor, él decía malas palabras. Por eso mi madre le enseñó que las peores eran jacarandá y Etiopía». El recuerdo es de María Rosa Pía White, la única hermana de Guillermo y cuatro años mayor.

Con él vivió en Bahía Blanca y en dos casas de Rosario. Eran hogares con puertas abiertas para familia y amigos dispuestos a jugar largas jornadas de ajedrez y poker, donde además se compartía todo lo que hubiera sobre la mesa. Con Guillermo vivió muchos veranos cordobeses en Tanti, reuniones familiares, chapuzones en el río, pero no la militancia. Marro, así la llaman quienes más la conocen y quieren, tiene claro que ella era la nena que hacía las cosas bien y Guillermo, en cambio, era el malhablado: entre las palabras más inocentes estaba «carbinonato» en lugar de bicarbonato. Él era el audaz, el que

andaba al galope con sus pelos rubios al viento, el que regalaba su ropa y hasta su sueldo, el que hacía todo sin «rigor, ni orden, ni método». Declaró por Guillermo en los Juicios por la Verdad y es su albacea: guarda decenas de sus fotos y sus cartas. En una que escribió desde la cárcel la nombra: «Decile a Marro que me consiga algún libro de historia Argentina de 1900 en adelante. Puigross». En ese mismo papel sencillo Guillermo pide también un peine, una frazada, varias biromes, papel de carta, sobres y papel higiénico.

Marro aún hoy le escribe a su hermano y lo piensa siempre: «Cuando lo detuvieron leía a Gorki y a Arguedas y escuchaba a Serrat cantando a Machado».



### *El de la voz amorosa*

«Estaba jugando a un juego que jugábamos siempre nosotros, se llama El Fantasma. Consiste en formar una palabra, letra por letra y las personas se las tienen que ingeniar para que la palabra dure porque el que pierde se convierte en fantasma». La mujer que se casó con Guillermo, Emma Stella Maris Buna, evoca esta última escena de él: «jugando».

Se habían conocido en el Liceo Avellaneda, frente al Monumento a la Bandera. Parecían opuestos: Stella estaba en quinto año, él en tercero; ella era única hija, adoptada, de una familia trabajadora del popular barrio Belgrano, Guillermo era parte de una familia con apellidos reconocidos y vivía en el centro. Ella militaba en el Partido Comunista; él no.

Una tarde Stella llegó indignada al colegio por la Masacre de Trelew, se paró en medio del patio y pidió un minuto de silencio. Escuchó una voz

amorosa como respuesta: «Sos la mujer de mi vida». Los opuestos se enamoraron. Él era celoso y la llamaba «Negra». Con él se casó y se fue de luna de miel a Tanti. No viajaron solos: se sumaron todos los amigos de ambos.

Guillermo y Stella tuvieron una gata y un perro. Él le escribió «El diario de los esposos enamorados» lleno de «horrores» de ortografía, asegura ella. Y soñaron tener un hijo pero eso no sucedió. Cuando Guillermo tuvo que irse a militar a Santa Fe, las cosas se enfriaron. Viajó solo y a los pocos días lo levantaron por la fuerza de un bar junto a su primo.

Stella y Guillermo volvieron a juntarse: fue en el centro de tortura La Calamita. Ella desde un baño escuchó su voz. «Se reía y hacía trampas, como siempre, jugando al Fantasma», recuerda. Ella le cantó encapuchada: «Sí, sí, sí, te quiero con el corazón, tu serás para mí, yo tu amor...». No sabe si la escuchó. Lo que sí sabe es que el día

después de ese día, la cocinera les preguntó a los torturadores, como siempre, cuántos jarritos de comida debía preparar. Stella y otras dos mujeres recibieron su ración. Notaron que había menos jarritos y se oían menos voces. Menos jarritos eran menos víctimas alojadas. Entendió que se habían llevado a Guillermo.

### *Los Guillemos*

«A Guillermo, el primo de mi mamá, no lo conocí, nació el día después de que lo raptaran junto a mi papá. Sí conocía a su padre, también llamado Guillermo, aunque todos le decíamos Pirulo: era un tío muy querido. Mi hermano, el que me sigue, se llama José Guillermo porque para mi vieja su primo era adorado, lo amaba, por eso seguramente lo llamó como a él. Además tengo otro primo, un hijo de Marro, que también se llama Guillermo».

Los Guillemos surgen a lo largo del relato de Juan Emilio «Juane» Basso Feresín, quien reconoce las marcas que dejó su tío en él. Es que Juane fue rugbier y tres cuartos; es hincha de Newell's; es militante y juega ajedrez como Guillermo, el primo «más compinche» de su madre: María Eugenia Saint Girons.

### *El duro*

«Era un pendejo duro, yo lo quería mucho, creo que era bizco: tenía una desviación en un ojo; bueno, ese es mi recuerdo». La duda es de Ramón «Tito» Jaime, compañero de militancia de Guillermo.

«Mi papá y el de él trabajaban en la Junta Nacional de Granos. El mío era obrero, el suyo trabajaba en el centro, en el edificio de la sala Lavardén», dice el hombre a quien detuvieron después de Guillermo, que sufrió torturas y, aun así, soportó los dos años y medio de prisión. Tito hoy milita y no duda: «Guillermo también lo haría».

Asegura que para Guillermo era vital proletarizarse. «Por eso termina trabajando en el Swift. Nada menos que en La Picada, un área dura. Era fachero; allí a los rubios y lindos les tocaban el culo, pero a Guillermo no. A Guillermo nadie le robaba el sánduche de mortadela», se ríe Tito, con quien pasó el último año nuevo.



### *El más lindo para todas las primas*

Cinco de las primas de Guillermo enumeran decenas de rasgos de él, pero sin ponerse de acuerdo coinciden en que ante todo era «lindo», «muy lindo» y «guapo».

Luego se explayan. «Era una persona tremendamente jodona, amoroso, siempre me protegía, era como mi hermano más grande: cariñoso, fascinante», dice su prima Eleonor Chaminaud, desde Tanti quien lo recuerda, además, como un amante del ketchup. Viviana, hermana de Eleonor, dice que también lo perdía el dulce de leche San Ignacio y relata una anécdota de primo mayor: «Con otra prima le dijimos a Guillermo que queríamos militar. Nos miró serio, volvió con un montón de libros, nos dijo que leyéramos todo y después volviéramos a conversar. Al final nunca militamos».



*Guillermo White Saint Girons*

Una más, Analía Saint Girons sostiene que Guillermo era «re bichero» y explica desde Francia: «En esta foto en Tanti no está con cualquier perra, está con Piqui, una integrante más de la familia. Además, Guille y mi hermano tenían cada uno un caballo, el de Guille se llamaba Pibe. Me lo prestaba y en el pueblo todos lo conocían, era tan popular como mi primo, mi héroe».

Para Silvia Saint Girons, Guillermo fue quien le legó la palabra amorosa que aún usa. «Yo era chiquita y cuando llegaba a su casa Guillermo me alzaba y decía: 'Hola Pirum'. Al día de hoy siempre le digo Pirum a la gente que amo».

Y para Adriana Maza fue alumno de una tarde de verano. «En una siesta calurosa Guille me confesó que no conseguía pasar de grado porque no sabía las tablas. Con fósforos le enseñé la del dos», rememoró.

### *El mágico*

No creo en el destino escrito, pero sí que hay varios conjuros entre la vida de Guillermo White y la mía. Cuando nací, él ya tenía 13 años: nunca me lo crucé, aunque me dejó pistas mágicas.

Hace tres años vi la primera foto de él al escribir una nota sobre rugbiers desaparecidos en Rosario. Allí Guillermo viste camiseta de Maristas con cuadros, botines marca Ocelote y medias altas sobre las canilleras. De perfil deja ver su patilla y flequillo rubios. La imagen fue tomada mágicamente en un club donde de niña fui a jugar hockey cuando ya no se sabía nada de él y su madre, María Rosa Saint Girons, comenzaba a dar vueltas en la plaza 25 de Mayo para siempre.

Por esa misma nota hablé con un amigo de Guillermo, Gustavo Rebord. Me dijo que la última vez que lo vio fue en la esquina del bar Victoria.

«El militaba y me avisó que se iría a Santa Fe, quise ir a despedirlo a su casa, me advirtió que no, que lo estaban siguiendo. Nos despedimos allí». El bar está en una esquina por donde paso siempre. Magia.

Guillermo fue al colegio La Salle porque sus padres creyeron que los curas lo iban a disciplinar. A ese mismo colegio fue uno de mis sobrinos, tan indisciplinado como él. Magia.

Salgo siempre a correr. Un día, por bulevar Oroño, lo cruzo a Guillermo: sí, con apenas diez años, su perrita blanca y negra en brazos, flequillo sobre la frente, pantalón corto, pullover y corbata. Magia.

Guillermo siempre se me aparece, no puedo entender cómo dicen que está desaparecido. Reaparece mágicamente, también en Bahía Blanca. Una mañana recibí un escrito de la hermana de Guille. Me dijo que ella y su familia habían



Guille



¡HASTA LA LIBERTAD!

vivido, en los años 50, en el barrio Palihue de Bahía. Llamé a una amiga que vive en esa ciudad. Le conté todo y le pedí: «Tengo esta dirección. ¿Podés fijarte donde está la casa en la que vivían los White?».

Me contesta: «Es a la vuelta de la mía». Magia.

Le cuento a Marro y me manda una foto. En el frente de la casa de los White de esos años bahienses se lo ve a Guillermo niño, con sombrero, zapatos abotinados, medias caídas y poncho. Está sobre una manta rayada y montando a una llama y en sus manos tiene una guitarrita. El nene sonrío pícaro hacia un costado. Su mamá, atrás con vestido negro y apoyada sobre el umbral, sólo tiene ojos para u hijo. El bicho inclina la cabeza hacia Guillermo, pero no lo mira a él, me mira a mí. Magia.

A sólo 12 días de terminar de escribir estos párrafos identifican los huesos de Guillermo que habían sido encontrados junto a otros tantos en tumbas NN en La Piedad y lloro. Magia. Habrá acto en la plaza donde su mamá caminó cientos de vueltas, habrá un viaje final y familiar a Tanti, donde Guillermo fue tan feliz. Y habrá un árbol que mantendrá su historia verde y viva en un parque de Rosario. Magia.



## Colección *Dejame que te cuente*

Qué es un recuerdo sin un relato que lo ubique en la constelación de nuestra propia vida. Aquellos documentos guardados en el fondo de un cajón, esas fotografías que se erigen como monumentos sobre la cómoda, el universo que arrastramos en cajas viejas mezclando postales estampilladas con cartas amarillentas plegadas con prolijidad. Fragmentos que piden ser contados.

Cada historia de vida posee un registro urbano, institucional, familiar; fotos en los cumpleaños, en los casamientos, en el carnet del club o de la biblioteca, en la libreta de la Universidad. Cada biografía sostiene una dimensión común que nos involucra en la historia.

*Dejame que te cuente* es una colección de relatos contruidos a partir de material gráfico y testimonios brindados por familiares, amigos y compañeros de quienes fueron desaparecidos y asesinados por el terrorismo de Estado en Rosario y que integran el acervo del Centro Documental del Museo de la Memoria.

Queremos contar el paso de esas vidas por nuestra ciudad, recuperando tanto la singularidad de su historia como los nexos comunes con la actividad social de nuestro pasado reciente. Voces que emergen y reconstruyen discursos marcados por una voluntad de transformar el mundo y de lograr una sociedad más justa.

Narrar esas vidas es la dolorosa experiencia que los familiares han tenido que realizar en su entorno íntimo y en medio de una ausencia irreversible. *Dejame que te cuente*, este relato biográfico que toma la forma de un libro para cada historia, abre a la sociedad en su conjunto la posibilidad de incorporarse a su narración.

**Dirección del proyecto**

Lucas Almada

**Diseño gráfico**

Valentina Militello

**Redacción**

Laura Vilche

**Edición y corrección de textos**

Daniel Fernández Lamothe y Pablo Bilsky

**Coordinación General**

Viviana Nardoni



museo de la  
memoria



